

LA ENERGIA NUCLEAR Y EL ARMA ATOMICA: SU TRANSCENDENCIA BELICA (1)

"Lo viejo nos impide ver lo nuevo."

AUGUSTE COMTE

INTRODUCCION

Cuando comencé a meditar sobre el tema de esta charla, me vino a la mente una obra maravillosa, en la que se narran hechos que, por haber tenido lugar o no haber acaecido, modificaron o podrían haber cambiado la faz del mundo, o cuando menos en ciertos espacios geográficos. Me estoy refiriendo a «Momentos estelares de la humanidad», de Stefan Zweig.

Así, en el que titula «El minuto de Waterloo», nos describe, con trazos enérgicos y emocionantes, la hora suprema de Napoleón en la batalla decisiva de su vida:

Desde las 11 hasta las 13 horas los Regimientos franceses atacan sin cesar las alturas ocupadas por los ingleses en Waterloo; toman pueblos y posiciones y, cuando son rechazados, renuevan sus ataques.

Ambos ejércitos están agotados. Los dos Generales en Jefe se muestran inquietos. Saben que la victoria será del primero que reciba refuerzos: Wellington, de Blucher; Napoleón, de Grouchy.

El General Grouchy tiene en sus manos, sin saberlo, la suerte de Napoleón. Partió, cumpliendo las órdenes recibidas, siguiendo las huellas de los prusianos de Blucher. A lo lejos, a una distancia de unas tres horas, se escucha un fuerte cañoneo; es el principio de la batalla. Grouchy reúne a sus oficiales. Gerad, su Jefe de Estado Mayor, exclama fogosamente: ¡Es preciso marchar en dirección al fuego del cañón!

(1) Este trabajo corresponde a la conferencia pronunciada por el Excmo. Sr. D. Mateo Prada Canillas, Capitán General de la Sexta Región Militar, el día 17 de diciembre de 1976, a la que asistieron todas las autoridades regionales, provinciales y locales, así como un distinguido público, que llenaba completamente el Salón de Estrados de la Excmo. Diputación Provincial.

Llevó la voz de la Academia, para saludar al ilustre disertante, el Director de la Institución, D. Ernesto Ruiz y G. de Linares.

Grouchy espera con impaciencia la orden de regreso. Pero ésta no llega. Sigue resonando tan sólo, cada vez más lejana, la voz del cañón. ¡El momento ha pasado!

En 1945, Truman tomó la tremenda decisión de lanzar la primera bomba atómica sobre Hiroshima. Una mañana radiante, del 6 de agosto de dicho año, el Teniente Coronel Hermit Behan cumplió la orden: 80.000 muertos y desaparecidos; 70.000 heridos; ruinas y desolación fueron las consecuencias. ¿Sería este otro momento estelar de la humanidad?

De estas meditaciones surgió el tema, origen de esta charla.

*"La energía nuclear y el arma atómica:
Su transcendencia bélica"*

CONSIDERACIONES PREVIAS

Aunque durante tres décadas se viene hablando con insistencia sobre la cuestión atómica aplicada a usos pacíficos o tremendamente destructores; y aunque a primera vista, por tan manoseado, parezca que ha perdido actualidad y le restemos importancia, el tema permanece candente.

Podríamos citar a este respecto: La polémica que suscitaron las experiencias francesas, en el verano del 73, en el atolón de Mururoa —el casi millar de explosiones que hasta el pasado año se han realizado en el mundo—, el aumento de potencia por una parte y la reducción por otra, ante el esfuerzo denodado de los países del «Club Atómico», para la obtención de proyectiles nucleares para emplearlos en el combate decisivo de la Infantería —la alarma provocada en el mundo, con motivo de la «alerta atómica» adoptada por EE. UU. en la crisis árabe-israelí en el otoño del 73, las recientes pruebas nucleares chinas, la última de las cuales se realizó, como recuerdan ustedes hace aproximadamente un mes, y tantos otros factores, nos hacen pensar que, el empleo del arma atómica, no debemos descartarlo.

Es preciso encararse y afrontar la actual situación y estar dispuestos a acumular el máximo de conocimientos sobre este nuevo medio: Que no se nos pueda atribuir, aquella frase del filósofo francés Auguste Comte: «Lo viejo, nos impide ver lo nuevo».

Debemos vivir en constante alerta sobre cualquier cambio operado y no fiarlo todo a la intuición y a la capacidad de inventiva de la que, por nuestra idiosincrasia, hacemos gala los españoles.

Después de estas reflexiones previas, he llegado a la parte más difícil. Cuando preparaba esta charla, al intentar seguir, se me abrían varios caminos: ¿Debería abrumar a mis oyentes con una conferencia excesivamente

tecnológica? ¿Convendría analizar exhaustivamente las características del armamento y unidades atómicas? ¿Debería introducirme por el anchuroso campo de la Táctica o de la Estrategia?

A ninguna de estas interrogaciones hallé contestación satisfactoria, pues consideré que mi misión, no era la de profundizar sobre ninguno de los aspectos esbozados, sino la de marcar unos hitos o jalones para crear en vosotros una inquietud ante el hecho nuclear. Y conscientemente he dicho inquietud, y no desconcierto, porque sólo voy a hablaros de unos cuantos aspectos, quizás archisabidos.

NACIMIENTOS DE UNA NUEVA ERA

La obtención del arma nuclear no fue la fulguración de un genio; fue el resultado del esfuerzo titánico y pertinaz de una legión de científicos, cuyas investigaciones, llevadas a cabo en el período que separaba las dos Grandes Guerras, dieron origen a la «Física Nuclear».

Cuando Becquerel descubrió la radioactividad natural, en 1896, pero sobre todo cuando los Curie y Rutheford demostraron, en 1919, que los átomos de radio y demás radio-elementos naturales estallaban en pedazos con gran emulsión de energía, el mundo había dado los primeros pasos para la obtención de la bomba atómica.

Asimismo, la famosa fórmula de Einstein transformando la masa, en energía y viceversa, suponía ver confirmado industrialmente cuanto los científicos habían experimentado en los laboratorios. Pero el camino a recorrer, era de tal magnitud, que ningún financiero podía arriesgar las grandes sumas exigidas.

El motor que impulsó las investigaciones no fue otro que la guerra que se inició en 1939. Por eso el Presidente Truman resumió así el proceso de elaboración de la bomba atómica: «Apostamos 2.000 millones de dólares en el mayor juego científico de la historia y hemos ganado».

Bajo la dirección del científico italiano Fermi, el 2 de diciembre de 1942 tuvo lugar, por primera vez en la historia, una reacción en cadena provocada por el hombre.

En este día comienza propiamente la «Era Atómica».

La meta última era la bomba; y el científico Oppenhmier se encara con el proyecto, reuniendo en el laboratorio de Los Alamos, de Nuevo Méjico, a los grupos más relevantes de las Universidades Americanas. Aquella pequeña aldea, de 110 habitantes, es militarizada y pasa a tener una población de 6.000.

El 16 de julio de 1945, a las 5,50 horas en el desierto de Alamo Gordo, en medio de la enorme tensión de científicos y observadores, hace explosión la primera bomba atómica. Cuando el deslumbrador fognazo iluminó el cielo y la campiña, y poco más tarde se oyó el retumbante estampido, la reunión se trocó en un transporte de efusión y alegría. Todos sentían que acababan de asistir al nacimiento de un arma nueva, con la que esperaban adelantar el día de la victoria.

Quedaba el problema de la decisión de utilizarla. Para ello se había creado una Comisión que recomendó lanzarla sobre el Japón sin advertencia previa; pero después de muchas discusiones, el 26 de julio se dirigió un ultimátum al Gobierno japonés. Al ser rechazado por el primer ministro Seki, provocó en Truman la decisión.

El 6 de agosto de 1945 un bombardero dejó caer una simple bomba sobre Hiroshima. Tres días después la segunda sobre Nagasaki. Y la guerra terminó.

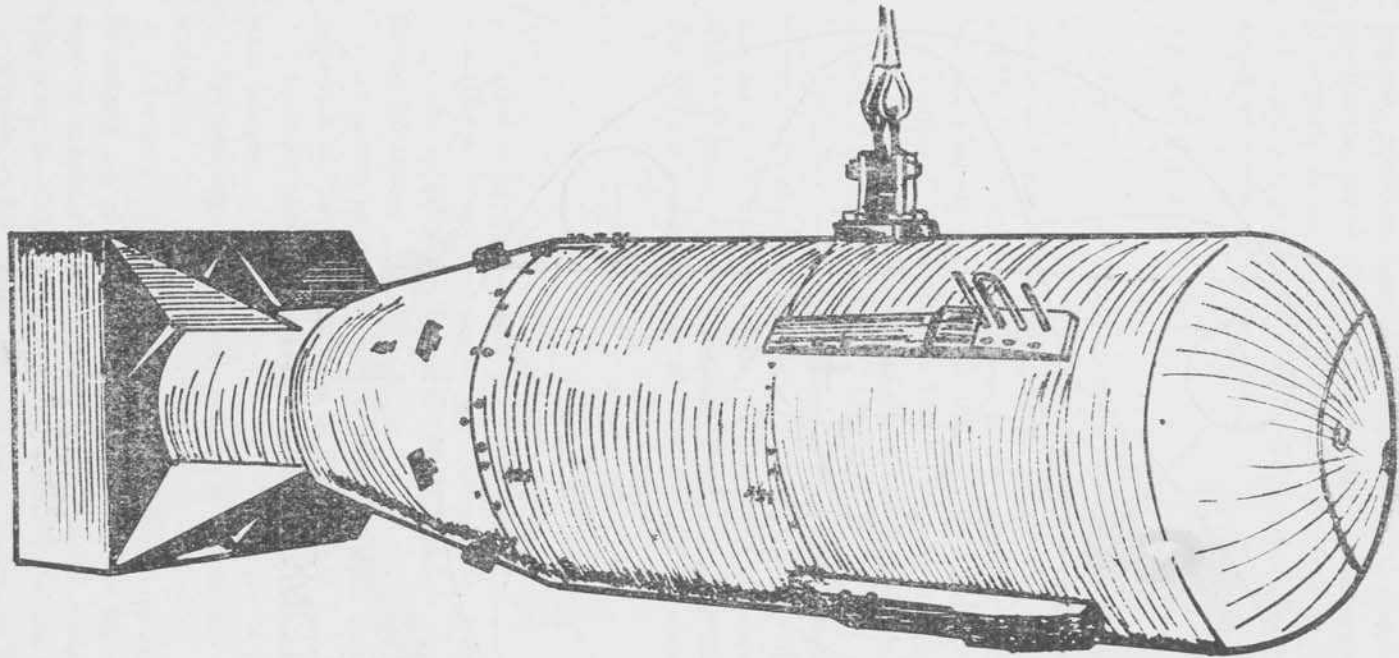
El ministro de la guerra de los EE. UU., Harry Stimson, declararía más tarde en el periódico «L'Aurore»: «Las dos bombas que dejamos caer eran las únicas que poseíamos».

Este mismo año, antes del lanzamiento atómico, un gran raid, llamémosle «convencional», sobre Tokio, había producido más daños, muertos y heridos que la bomba de Hiroshima. A pesar de ello, el Japón había seguido batiéndose. Pero la bomba atómica representaba algo más que la destrucción; provocó el terror por el pensamiento de que su uso podría ser continuado.

No voy a detenerme en analizar la potencia de las bombas que, al quedarse pequeñas, las otras unidades de medida, ha obligado a adoptar el término Megatón, aunque sí quiero recordar que en el testamento de Einstein se habla de potencias de 30 MT. y al parecer se sospecha la existencia de la bomba de 50 MT., equivalente a 50 millones de Tm. de trinitrotolueno, con los cuales se podría dejar destruida, sin vida, un área de más de 40 Km. de radio.

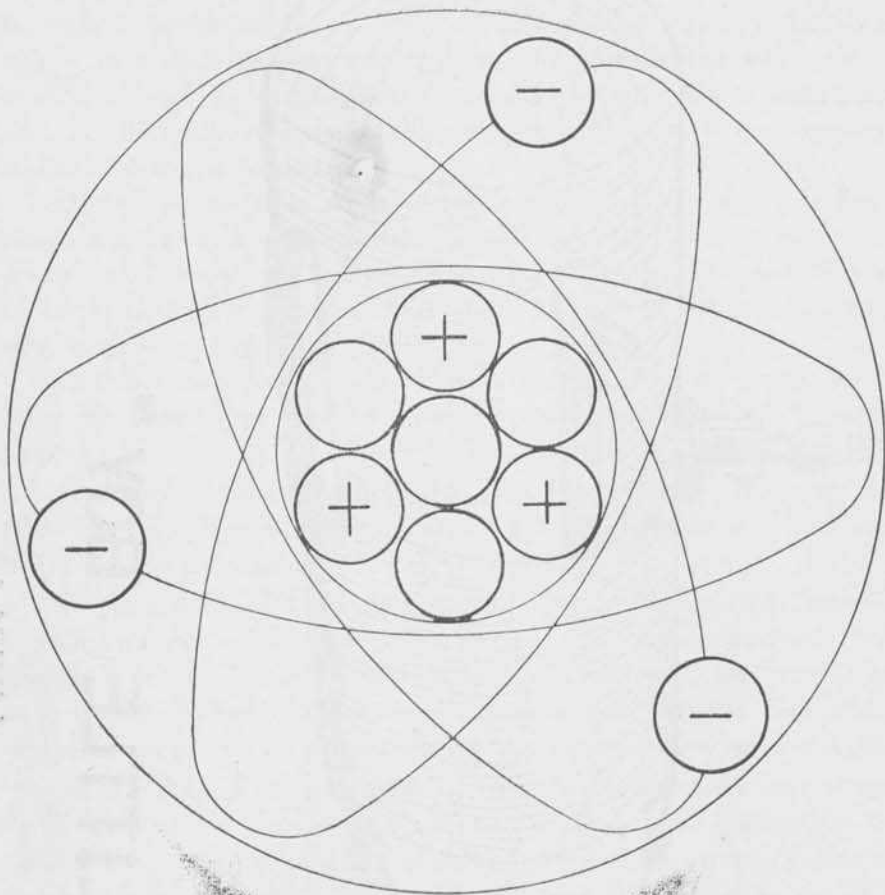
Sería prolijo que me extendiera en consideraciones a cerca de los efectos generales de estos ingenios, que añaden a los convencionales aparte del psicológico, los términos y los radioactivos. Su conocimiento ha sido ampliamente difundido.

También creo innecesario, citar los sistemas de lanzamiento empleados que admiten muchas variantes, máxime en tanto y cuanto se considere el lanzamiento de las que se han dado en llamar bombas atómicas «Tácticas» o «Estratégicas». Y aquí sí advierto que esta diferenciación que se viene estableciendo en relación con la potencia de las mismas, no parece muy correcta; ya el General Aylleret, especialista en la materia, indicó en un documentado



“ LITTLE BOY ”

LAMINA 1



ATOMO DE LITIO

artículo, publicado hace algunos años, que tal clasificación era irreal, pues consideraba que el que se haga «Táctica» o «Estrategia», es independiente de la potencia de las bombas. Personalmente opino que la potencia es función del objetivo y, por lo tanto, serán «Tácticas» o «Estratégicas», según la zona donde se encuentre dicho objetivo.

EL ARMA NUCLEAR

No obstante lo expuesto, como supongo que alguno sentirá cierta curiosidad por conocer algunos detalles referentes a dichos aspectos, con la colaboración del Comandante Godino de mi Estado Mayor, vamos a proyectar unos gráficos y esquemas que, sin la menor pretensión científica o de erudición, les recuerden algunos de los detalles más esenciales del arma nuclear.

Lámina 1. Esta es Little Boy, una bomba de cerca de 4 metros de longitud por uno y medio de diámetro. Con esto se dan ustedes cuenta de su tamaño. Pesa algo menos de 5 toneladas.

Little Boy —«Muchachito»— es la primera bomba atómica lanzada en el mundo. Su objetivo: Hiroshima. Perdieron la vida 80.000 personas y 68.000 más fueron víctimas de heridas; 12 Km.² de la ciudad, sobre los que se elevan 40.000 hogares, fueron arrasados. Desarrolló la potencia de 20.000 toneladas TNT., equivalentes a una descarga de 200.000 cañones de artillería clásica.

¿Qué es lo que permitió este holocausto?

¿Qué es lo que hizo posible ese enorme poder destructor?

Como es sabido, la liberación de la tremenda energía que se encuentra dentro del átomo.

Un átomo es respecto a una pelota de tenis como una pelota de tenis respecto a la Tierra, 300 millones de veces menor.

A simple vista, parece extraño que de una cosa tan pequeña pueda salir tanta energía.

Sin embargo, nos resulta natural si penetramos unos instantes en su interior.

Lámina 2. Lo que allí sucede es colosal. Comparen la pequeña cantidad de materia con el vacío existente en ella. De una forma gráfica: Si se consiguiera aumentar el tamaño del núcleo hasta hacerlo como una pelota de ping-pong, la órbita de los electrones estaría a casi dos kilómetros del núcleo.

Piensen en las fuerzas de unión tan colosales que tienen que existir entre las partículas del núcleo, o las de atracción entre núcleo y electrones para

mantener la cohesión dentro del átomo y la solidez de la materia, ya que si no hubiera espacio entre ella, cabría todo el género humano en un dedal.

Pues bien, esa enorme energía es la que se libera en el arma nuclear llamada así porque es del núcleo de donde saca su fuerza destructora; esta fuerza es tan colosal, que para medirla hubo que adoptarse una nueva Unidad: El Kilotón, equivalente a 1.000 toneladas de Trinitrotolueno.

Little Boy fue una bomba de 20 KT.

Como saben ustedes, por ahora al menos, las bombas nucleares son de dos tipos: De fisión y de fusión.

En las de fisión (bombas atómicas), mediante una serie de dispositivos, se fracciona el átomo de uranio liberándose la gran energía de la que hemos hablado. La bomba de Hiroshima fue una bomba atómica.

Pero la técnica pronto encontró nuevas empresas de liberar la energía nuclear. Para ello se intenta unir los núcleos de varios átomos. Cuando esto se consigue, con isótopos del hidrógeno, nos encontramos con las llamadas bombas de fusión, de hidrógeno o termonucleares.

En estas nuevas bombas se produce tal cantidad de energía que el Kilotón resultó pequeño, por lo que se hubo de adoptar, como ya les he adelantado, otra nueva unidad de medida: El Megatón, igual a un millón de toneladas de Trinitrotolueno.

Lámina 3. Están viendo ustedes el tamaño comparativo de una «seta» de bomba A, una «seta» de bomba H y una nube de tormenta ordinaria.

Al llegar aquí cabe preguntar, creo yo: ¿Cuál es la bomba nuclear más pequeña? ¿Cuál es el poder de la más grande?

Prácticamente la gama de potencias es muy amplia. Por abajo sólo existe el límite que nos impone la obtención de la masa crítica. Por arriba las bombas tienen techo infinito, quedando limitadas solamente por las posibilidades de transporte y lanzamiento.

Lámina 4. Aquí ven ustedes la bomba «Davy Crochet», de una décima de Kilotón. Como pueden observar la transporta un hombre.

Lámina 5. Ahora están viendo ustedes la bomba «Mark 17», bomba de hidrógeno de 10 megatonas. Fue la primer arma de este tipo experimentada, pesa 21 toneladas. Fíjense en el tamaño de la bomba y en el tamaño del hombre. En algunas publicaciones se habla de bombas de 50 megatonas que parece son las mayores hasta el momento. Vemos, pues, que las bombas nucleares van desde las décimas de Kilotón a los 50 megatonas.

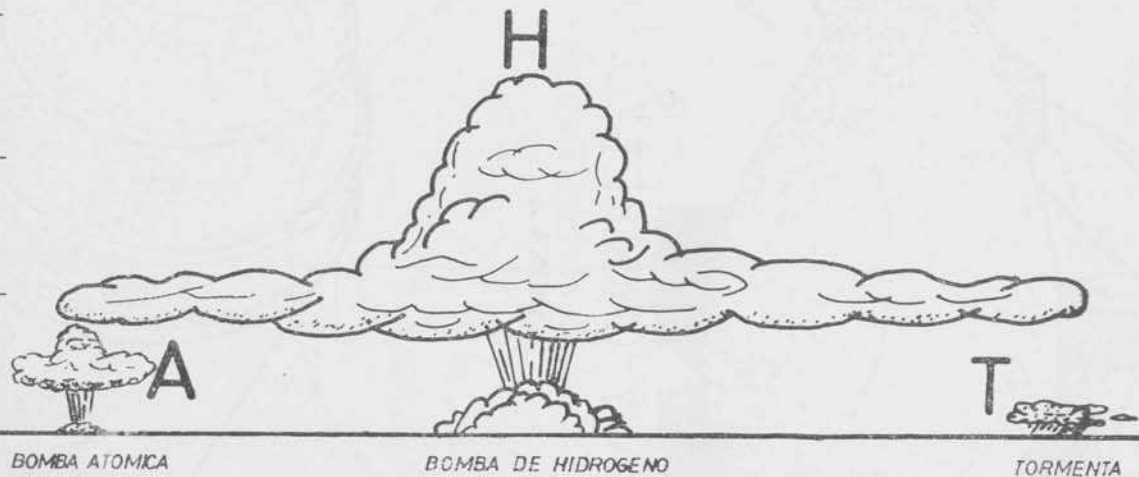
ALTURA EN METROS

45.000

30.000

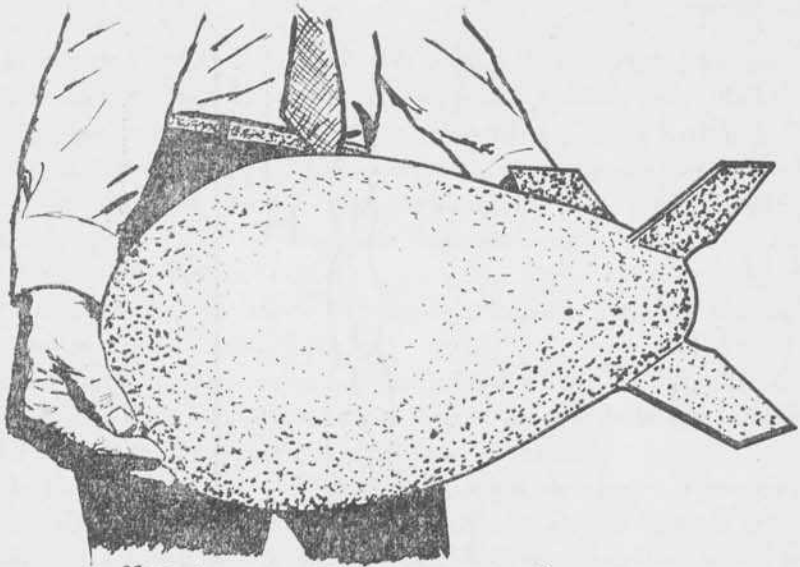
15.000

SUPERFICIE



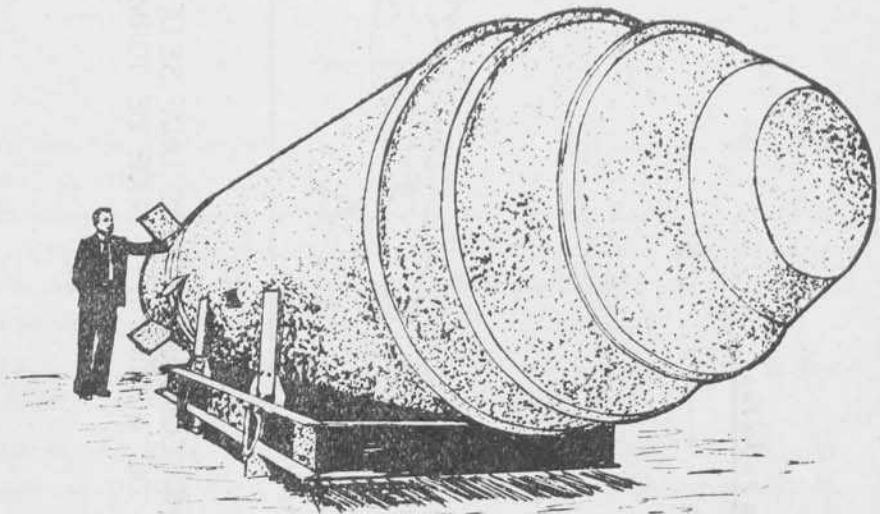
TAMAÑO COMPARATIVO DE UNA SETA DE BOMBA A,
SETA DE BOMBA H Y NUBE DE TORMENTA ORDINARIA

LAMINA 3



"DAVY CROCKET"

LAMINA 4



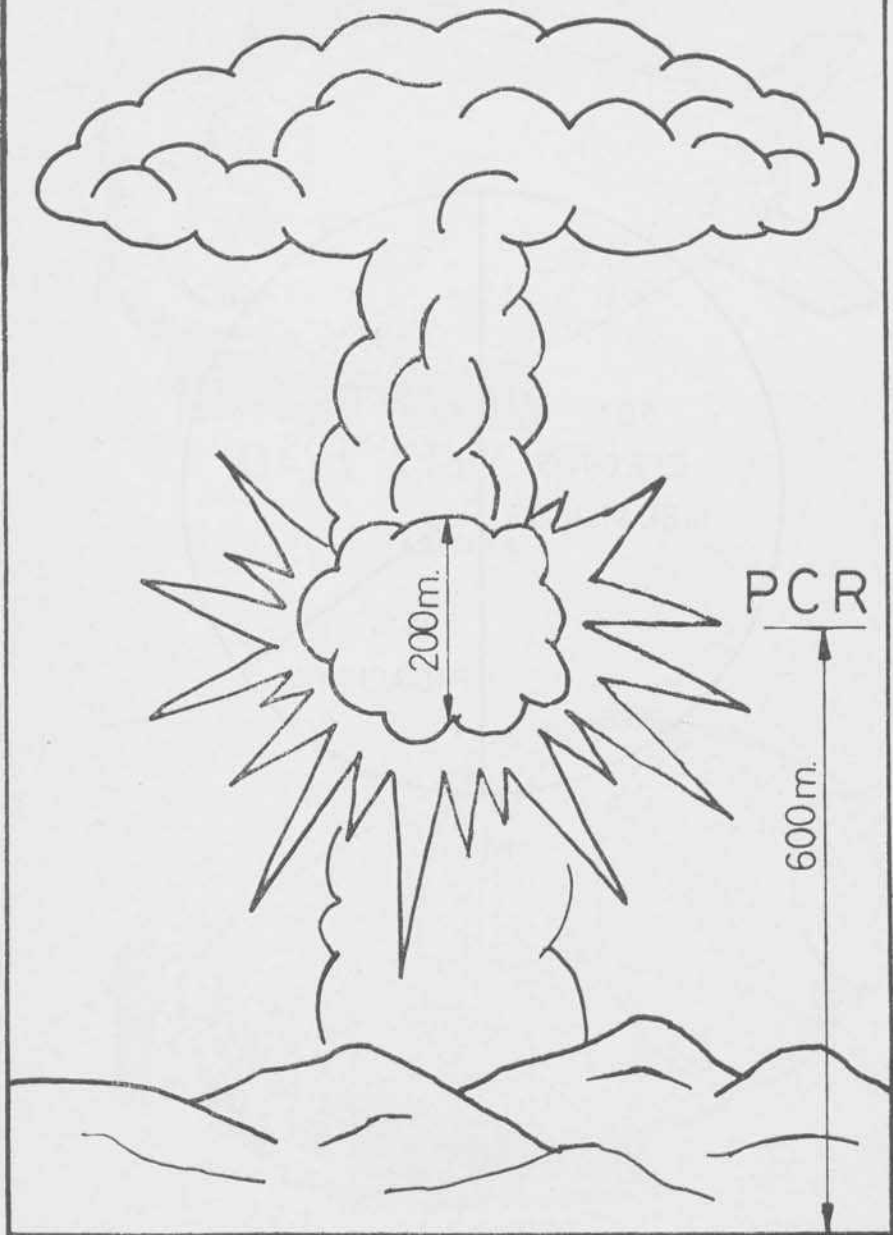
"MARK 17"

LAMINA 5



LAMINA 6

EXPLOSION EN EL AIRE ALTA



LAMINA 7

Pasemos ahora a considerar los efectos de las armas que nos ocupan.

Toda explosión nuclear lleva consigo cuatro importantes efectos:

1. — Efecto lumínico, como consecuencia del fogonazo.
2. — Efecto mecánico, como consecuencia de la onda producida por la expansión de los gases.
3. — Efecto térmico, como consecuencia del enorme calor desarrollado.
4. — Efecto radioactivo, como consecuencia de las radiaciones emitidas o por las sustancias que se vuelven radioactivas, como resultado de la explosión.

Los tres primeros —luminosos, térmicos y mecánicos— son similares a los producidos por los explosivos convencionales y sólo se diferenciarán de ellos en su magnitud.

Por el contrario, los efectos radioactivos son exclusivos de las armas nucleares y tienen como rasgo típico que no son perceptibles por nuestros sentidos. La radioactividad hay que detectarla con aparatos especiales. Su consecuencia es la llamada enfermedad radioactiva que, en muchas ocasiones, causa la muerte. Vamos a pasar revista de una manera muy breve a cada uno de ellos.

En la *lámina 6* vemos como se reparte la energía de una explosión nuclear.

Sin embargo, los científicos trabajan en variar el porcentaje de los efectos, en una de las bombas más sofisticadas de nuestra época: La bomba de neutrones, auténtica muerte invisible.

En ella, mediante una lluvia de neutrones y radiaciones Gamma, se causaría la enfermedad radioactiva, que puede producir la muerte, sin ocasionar daños materiales.

Veamos todo esto con un poco más de detalle.

Efectos luminosos: Al producirse una explosión nuclear en el aire, *lámina 7*, se forma una bola de fuego que origina un tremendo fogonazo parecido al de una lámpara de magnesio.

El personal sorprendido sufrirá ceguera, parcial, en la mayor parte de los casos.

Efectos térmicos: *Lámina 7.* La bola de fuego comienza a ascender dejando tras de sí una densa columna de humo, ensanchándose finalmente hasta adoptar la característica forma de hongo.

La temperatura de la bola de fuego se eleva hasta varios millones de grados.

Para que tengan una idea de los daños que originan los efectos térmicos, he recogido para ustedes una serie de datos referidos a una bomba tipo Hiroshima.

Si la vertical del punto cero estuviese en nuestra Plaza Mayor se incendiaría todo lo combustible en un radio que llegaría hasta el campo de fútbol del Plantío y habría incendios esporádicos hasta Fuentes Blancas.

Los daños ocasionados por tal explosión sobre el cuerpo humano serían:

A 500 metros del punto tierra cero, carbonización total; a 1.000 metros, quemaduras mortales; a 3.000 metros, quemaduras de segundo y primer grado.

Efectos mecánicos: Transcurridos algunos segundos, se levanta un enorme soplo que origina un verdadero ciclón de velocidades del orden de los 1.000 Km. por hora.

Los daños causados por esta onda explosiva van desde la destrucción total, incluso de edificios de hormigón armado a 600 metros del punto de tierra cero, hasta la rotura de cristales a 4.000 metros.

Sobre el cuerpo humano los efectos van, desde la muerte por reventamiento a 1.000 metros del punto tierra cero, hasta rotura del tímpano a los 3.000 metros del mismo.

Efectos radioactivos: Al producirse la explosión se desprenden neutrones, radiaciones Gamma y partículas Alfa y Beta, que producen radiación nuclear bien por sí mismas, bien al contaminar las partículas de aire o tierra que encuentran en el camino.

Así se produce la radiación inicial y la radioactividad residual.

La radiación inicial es la producida por la explosión del propio artefacto atómico.

Ahora bien, al producirse una explosión se origina y eleva en la atmósfera, como ya hemos dicho, una nube radioactiva que arrastra una cantidad considerable de materiales pulverizados que provienen del suelo o de las destrucciones efectuadas.

Estas partículas pulverizadas procedentes de la superficie, entran en colisión, se mezclan con las nubes radioactivas producida por la explosión y se contaminan, creando una enorme masa de polvo y partículas contaminadas que, desplazadas por los vientos, van cayendo a la superficie terrestre, poco a poco, formando lo que se denomina precipitación radioactiva.

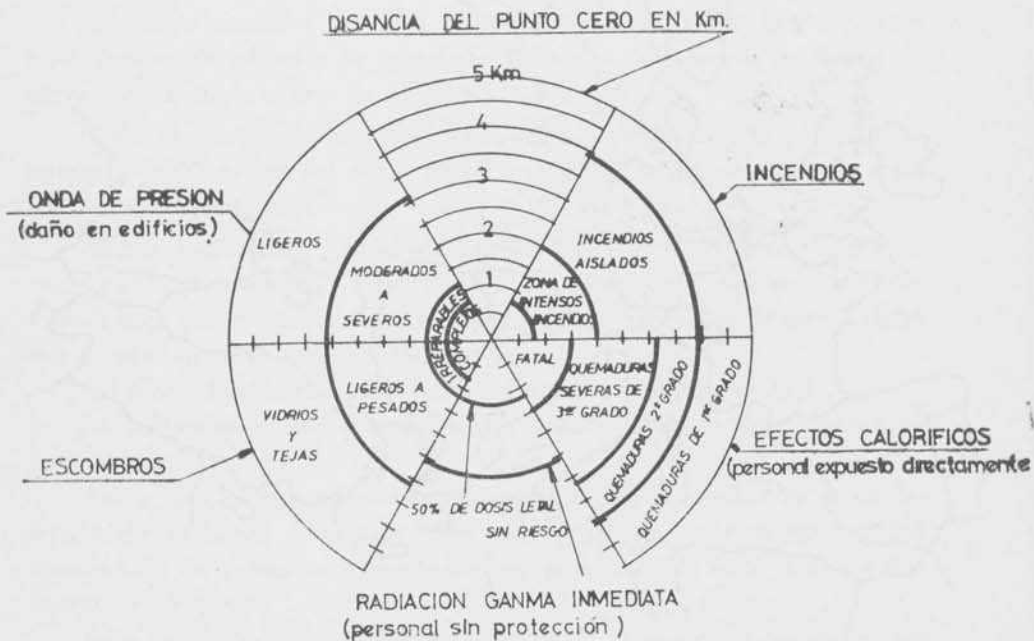
Esta nube radioactiva permanece en la atmósfera durante bastante tiempo con el consiguiente peligro de contaminación para la tierra.

En la lámina 8 ven ustedes un cálculo detallado de la radioactividad residual para la hipótesis de una bomba nuclear de 10 MT., que destruiría

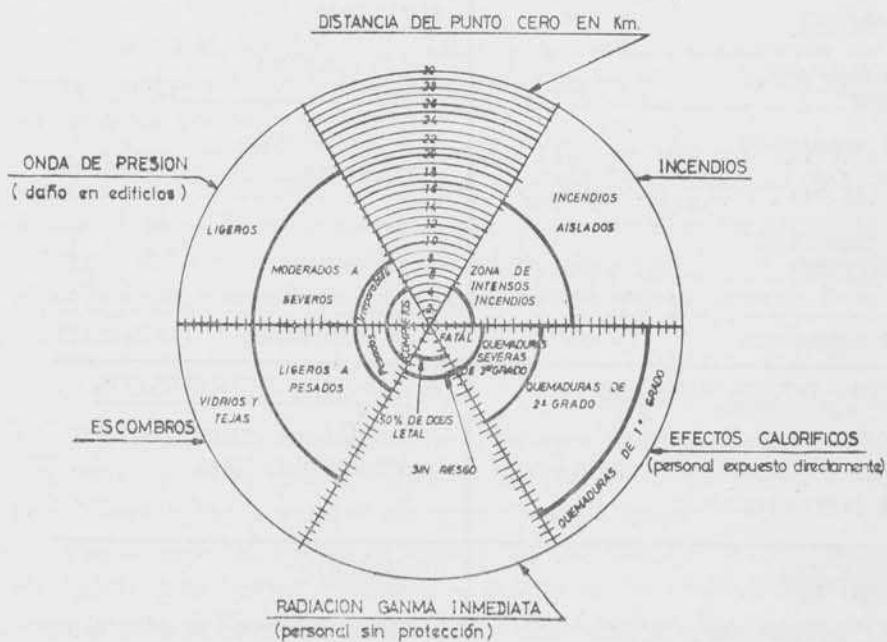


LAMINA 8

EFFECTOS COMBINADOS (excluyendo la radioactividad residual) DE UNA BOMBA DE 20 KILOTONES CON EXPLOSION EN EL AIRE



EFFECTOS COMBINADOS (excluyendo la radioactividad residual) DE UNA BOMBA DE 10 MEGATONES CON EXPLOSION EN TIERRA



FUERZAS NUCLEARES ESTRATEGICAS DE ATAQUE

U.S.A.

A) MARINA

41 SUBMARINOS
DIESEL _____ 656 MISILES

25 SUBMARINOS
NUCLEARES _____ 340 MISILES
CABEZA MULTIPLE

16 SUBMARINOS
NUCLEARES _____ 256 MISILES
CABEZA SIMPLE

82 SUBMARINOS 1.252 MISILES

B) COHETES ESTRATEGICOS

1.054 MISILES BALISTICOS
INTERCONTINENTALES DE ELLOS 550
DE CABEZA MULTIPLE

C) AVIACION

463 BOMBARDEROS DE GRAN RADIO
DE ACCION

U.R.S.S.

A) MARINA

75 SUBMARINOS
DIESEL _____ 748 MISILES

55 SUBMARINOS
NUCLEARES _____ 724 MISILES

130 SUBMARINOS 1.472 MISILES

B) COHETES ESTRATEGICOS

1.618 MISILES BALISTICOS
INTERCONTINENTALES

C) AVIACION

135 BOMBARDEROS DE GRAN RADIO
DE ACCION

Londres, tomando como viento el dominante en la ciudad, según una publicación de la Dirección General de Protección Civil.

Esta radioactividad produce la muerte instantánea o la enfermedad radiactiva, que suele ser mortal o acarrear graves secuelas, todo ello en función de las dosis recibidas.

En las láminas siguientes (9 y 10) podrán percibir los efectos combinados de las bombas de 20 KT. y 10 MT., excluyendo la radioactividad residual que han podido observar en la lámina que acaban de ver.

Vistos los efectos del arma nuclear, para terminar, analizaremos brevemente el arsenal atómico de las dos superpotencias mundiales, Rusia y EE.UU., así como sus medios de lanzamiento.

Los datos que les voy a dar proceden del Balance Militar 1975-1976 confeccionado por el Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, que es, en opinión de todos, lo mejor que se publica al respecto. (Lámina 11).

Estos datos nos muestran las fuerzas de ataque, por lo que, para completar la visión, merece la pena que nos detengamos en el *Sistema de Defensa*.

El corazón del sistema defensivo americano forma el N. O. R. A. D. americano-canadiense (North American Air Defence Command) en la montaña Cheyenne, que se vació al efecto, en Colorado Spring.

Por su parte, el gobierno de Estados Unidos, para un caso de emergencia nuclear tiene previsto trasladarse al espacio en dos «Boeing 747» Jumbo desde los que el Presidente dirigirá la represalia nuclear. Los medios de detección e identificación forma el *Sistema de Alerta* que consta de:

Sistema de alerta temprana por satélites: 3 satélites que detectan misiles submarinos, misiles intercontinentales y proyectiles lanzados desde satélites FOBS.

Sistemas de seguimiento y detección espacial para el control de satélites.

Y otros sistemas de menor importancia que completan a los anteriores y terminan en una red radar.

Además, para abatir los artefactos aéreos enemigos existe un *Sistema de interceptación*, que consta del Sistema ABM de misiles antimisiles «Salva-

guarda» y de 374 aviones interceptadores, cifra en la que se excluyen los aviones canadienses, tres escuadrones de interceptación.

La U. R. S. S., por su parte, posee un sistema de defensa similar.

Ambas potencias se están esforzando, como es sabido, en aventajar a su adversario, formando esta pretensión la carrera tecnológica en que se encuentran embarcadas.

Para ofrecerles a ustedes unos datos fácilmente asimilables les diré que según cálculos de un experto, EE. UU. podría colocar sobre Rusia el poder de 420.000 bombas del tipo de las de Hiroshima, es decir, 8.400 megatonnes ó 8.400.000 kilotonnes, equivalentes a 8.400.000.000 Tm. de Trinitroenueno.

En otras palabras, USA dispone de 21 bombas nucleares tipo Little Boy por cada una de las 200 ciudades soviéticas de más de 100.000 habitantes.

Como han visto ustedes, Rusia, por su parte, posee una potencia similar.

No obstante lo dicho, conviene hacer una matización importante: En la *lámina 12* aparecen, junto a un resumen del poder U. R. S. S.-USA, las trayectorias de aviones y misiles a través del Atlántico.

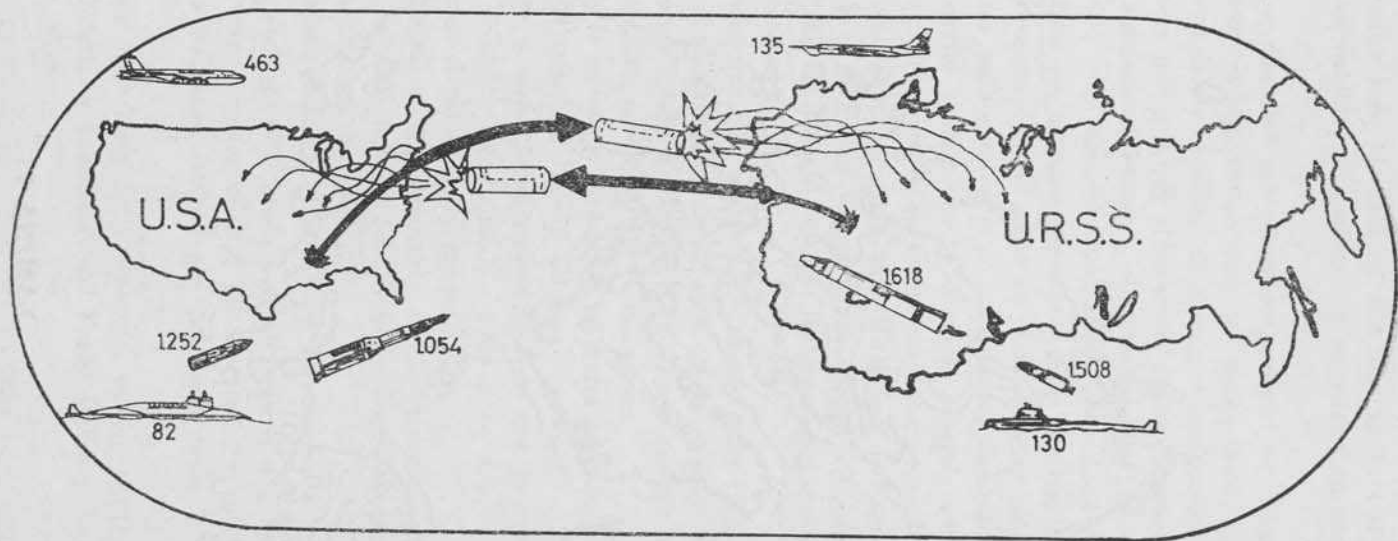
Sin embargo no hay que olvidar las rutas polares (*lámina 13*). Por ello el NORAD citado (Mando de la Defensa Aérea del Norte de América), incluye Canadá, escudo para USA de las rutas del Norte.

ESTRATEGIA NUCLEAR

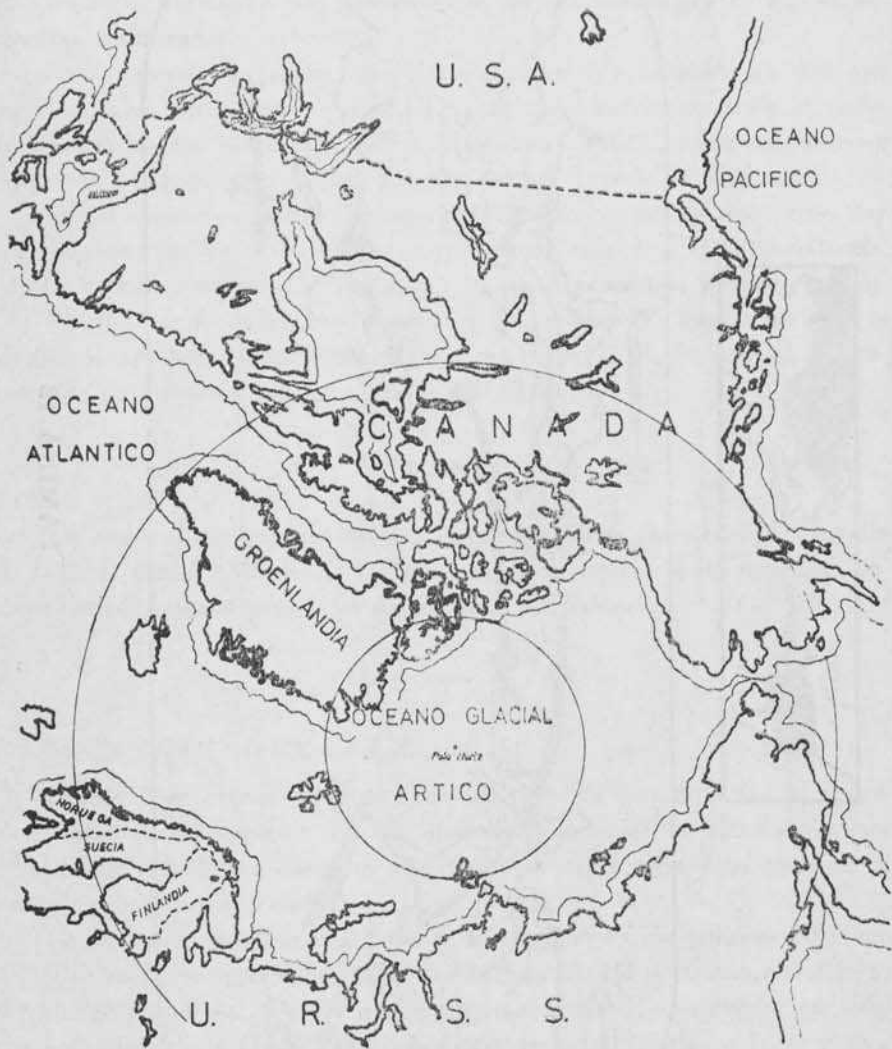
Cuanto llevo expuesto hasta el momento, es de carácter, más bien, técnico, anecdótico o histórico. Por eso quiero ahora tratar, en síntesis, algunas de las ideas actuales en cuanto a «Disuasión» y «Estrategia», así como de la evolución de pactos y tratados.

En la mente de todos está presente que la concepción política del Pacto Atlántico es la contención, y constituye la base de las doctrinas estratégicas del Mundo Occidental. De ahí que el Capitán Liddle Hart estimara en 1959 que los países de la OTAN, con una fuerza terrestre inferior a la de Rusia, no podrían intentar detener un potente ataque continental sin el empleo de las armas nucleares, por lo que cifraban su confianza, más o menos cierta, amenazando al enemigo con la «Represalia nuclear».

Este factor de la «Disuasión», que no constituye ninguna novedad, pues es tan antiguo como la historia de la guerra, tiene un principal objetivo: El evitar una acción enemiga mediante amenaza de contramedidas.



LAMINA 12



LAMINA 13

El General Beaufre hace hincapié en esta idea al declarar que con la disuasión: «Se busca debilitar al enemigo sin empeñarse en una comprobación de fuerzas».

Hay, pues, en la disuasión dos componentes esenciales: Uno material y otro psicológico, mientras este último tiene sus raíces tanto en campos racionales como irracionales, y es difícil de captar, el componente material es más fácil de reconocer por la forma y estructura de las fuerzas de represalia que contiene: Un elemento cuantitativo —existencia de armas— y personal que sepa utilizarlas—, y un elemento cualitativo —capacidad de las armas para superar un ataque por sorpresa y romper con el contragolpe la defensa enemiga—. La importancia decisiva recae sobre el elemento cuantitativo que constituye la premisa indispensable para conseguir el elemento cualitativo.

Mucho se ha escrito y mucho se ha discutido sobre la composición de la fuerza disuasoria. Para unos, es suficiente con tener capacidad para destruir grandes concentraciones urbanas, tipo Hiroshima y Nagasaki; otros, están convencidos de la necesidad de una fuerza nuclear extraordinariamente potente con posibilidad de destruir, no sólo las grandes ciudades, sino también las fuerzas enemigas.

Kissinger estimaba que ante un equilibrio nuclear entre Rusia y EE. UU. sólo puede concebirse el empleo de armas atómicas en aquellos casos en que entre en juego intereses vitales de los EE. UU. Teoría que dio origen a dimensiones, de ciertos países europeos, con Norteamérica.

El problema de la estrategia disuasoria se centra en contestar a la pregunta que se hace el tratadista Helmut Dampé:

¿Cuándo, dónde y cómo tiene que amenazarse con la represalia atómica, para que la disuasión sea digna de crédito y no deje al enemigo la posibilidad de obtener el menor éxito militar?

El mundo occidental no ha encontrado aún la respuesta, sino que han sido diversas. Ello ha dado lugar a las diferentes doctrinas estratégicas de la Era Atómica que trataré de resumir.

Tenemos en primer lugar la doctrina de la «represalia masiva».

Fueron los ingleses en 1952 quienes comenzaron a modificar los conceptos estratégicos, dando menos valor a las numerosas y costosas fuerzas terrestres que a las nucleares; actitud que poco más tarde fue secundada por los EE. UU.

Las exposiciones más claras de la represalia masiva partieron del Ministro de Asuntos Exteriores norteamericano Foster Dulles y del Jefe de E. M. del Aire, inglés, Slessor.

Se parte del supuesto de que todas las acciones comunistas, independientemente de la forma y donde ocurran, han de proceder de Rusia o Chi-

na, y se recalca, por parte americana, que un ataque a uno de los miembros de la NATO sería considerado como una amenaza para la paz y la seguridad de los EE. UU.

En realidad esta doctrina es, en esencia, una ampliación de las teorías de poder aéreo expresadas por el General italiano Dohuet, que presupone disponer de un potencial de armas nucleares con el que se pueda causar al atacante, un daño superior a la ganancia que obtenga con la agresión.

La mayor ventaja que los americanos veían en esta doctrina, era que les permitía utilizar su enorme superioridad técnica para conseguir un empleo económico de sus medios militares. Sobre esta doctrina se basó la estrategia oficial válida para la NATO entre 1957 y 1967.

En resumen, con la «represalia masiva» se pretendía alcanzar el máximo poder de disuasión con el empleo irracional del poder nuclear.

Casi paralelamente a la estrategia de la «represalia masiva» se empezó a hablar en otoño de 1954 de la doctrina de la «respuesta flexible».

Surge esta teoría con motivo de las críticas iniciadas por Willian Kaufman y secundadas por buen número de políticos, militares y científicos americanos, críticas que se basan en el convencimiento de que la política exterior de una potencia no puede ser llevada a cabo con sólo dos instrumentos; unos aliados europeos —militarmente débiles y amenazados— y un poder aéreo estratégico, que una vez puesto en acción podría precipitar a los EE. UU. a una guerra total. Y, según su concepción, la meta de una potencia racional tenía que ser precisamente el evitar ésta.

El General americano Taylor no parte de la política de contención anticomunista, sino de las necesidades de seguridad de su propio país; y bajo el concepto de guerra general, únicamente considera un conflicto entre Rusia y EE. UU.

La estrategia de la «respuesta flexible» se presenta más discriminada que la de la «represalia masiva». Es la disuasión mediante un sistema gradual de amenaza que es determinada en función de las realidades de tipo político-militar.

Resumiendo: Se renuncia al empleo inmediato de las armas nucleares a no ser que esté en proporción con la agresión enemiga, y se acepta, conscientemente, el que pueda haber guerras limitadas en los espacios situados entre Rusia y EE. UU., toda vez que el intento de este país es volver la espalda a la confrontación directa con la otra gran potencia nuclear, Rusia.

Al conocerse en Francia los proyectos del Gobierno Kennedy, de considerar como limitada una guerra en Europa, pero sobre todo al crearse fuerzas nucleares independientes en aquel país e Inglaterra, todo ello unido al creciente deseo de liberarse de la dependencia de los EE. UU., hacen que

se afiance la idea de que la fuerza nuclear propia, alcance un significado de disuasión europea independiente.

La crítica a la estrategia americana se acentúa más en Francia que en Inglaterra y a este respecto el General Baufre señala: «Si alguno tiene proyectado un conflicto limitado, con la doctrina de la respuesta flexible se fomentan propósitos y se debilita la represalia» y Miksch llega a decir que los mericanos podrían ver a Europa Occidental como un territorio «táctico» de operaciones.

De la desidencia de ideas respecto a la «respuesta flexible» nace la doctrina del poder de disuasión de un «dispositivo nuclear multipolar», basado principalmente en las investigaciones del Instituto Francés de Estudios Estratégicos.

Con el dispositivo nuclear multipolar no se pretende que cada centro de disuasión esté en condiciones de hacer frente, por sí solo, a toda forma de agresión, sino que la multiplicidad de centros lleve la disuasión de tal forma que el enemigo podría ser disuadido de una acción limitada.

El poder de disuasión multipolar no responde a ninguna doctrina. Se trata en realidad de un adecuado desarrollo de la represalia masiva, adaptada al creciente número de potencias atómicas independientes.

El inconveniente que apuntan ciertos tratadistas a esta concepción es que, la existencia de varios centros de disuasión, puede esconder el peligro de una desintegración de la alianza occidental; y también que la proliferación de armas nucleares podría conducir, a la política mundial, a una situación de inestabilidad aumentando el peligro de una nueva guerra.

Este último inconveniente es el que ha motivado el que cierto número de países, entre los que se encuentran las dos grandes potencias mundiales, hayan participado en los tratados de «no proliferación de armas atómicas».

Sin embargo, en cada uno de los dos grandes bloques existe un país que no desea someterse a la preponderancia de las potencias directoras, y no quiere participar en las negociaciones y pactos de no proliferación: Francia y China.

Por ello, las perspectivas para el futuro se presentan imprevisibles. Si las armas nucleares han llegado a ser el instrumento más importante para mantener el «statu quo» de «coexistencia pacífica», no es menos cierto que en una nueva estrategia atómica influirán múltiples factores, entre los que podemos señalar; la evolución política que experimenta el mundo, el desarrollo de las técnicas de armamento (especialmente de las armas ABQ) y la extensión del arma nuclear.

De aquí que adquiriera primordial importancia la cuestión de si se logrará impedir, en el plazo de tiempo previsible, la proliferación de estas armas.

CONTROL NUCLEAR Y DESARME

«Los esfuerzos por limitar, o suprimir los armamentos, han sido paralizados siempre por una contradicción interna. Los Estados, por esencia, son soberanos. El derecho de tomar por sí solo las decisiones más importantes, de las cuales depende la paz, la guerra o el estatuto de los ciudadanos, ha sido reivindicado por las ciudades, los imperios o los Estados nacionales; por todas las colectividades que querían ser autónomas; por todos los pueblos que aspiraban a una existencia política. Las ciudades democráticas no eran menos celosas de su independencia que las ciudades aristocráticas; y las naciones que recogieron en Europa la herencia de las monarquías, no daban menos importancia a su libertad que los reyes a su gloria».

Estas frases, de Raymond Aron, gran tratadista en cuestiones nucleares, aclaran la contradicción fundamental con lo cual se han enfrentado siempre, y se enfrentan todavía, los esfuerzos en favor del desarme. Efectivamente, ninguna organización internacional dispone de un poder supranacional superior a los poderes nacionales. Ningún Estado puede estar convencido de que su seguridad, se hallaría resguardada por un organismo internacional.

La seguridad sigue siendo uno de los atributos fundamentales del Estado, por relativas que sean, en la era nuclear, las posibilidades de una defensa nacional. El desarme sólo puede decidirlo un organismo internacional y ha de ser el resultado de los acuerdos entre Gobiernos. Excluir la eventualidad de la guerra es quitar a los Estados el derecho de ser jueces, en último recurso, de lo que exige la defensa de sus intereses o de su honor; y de esta manera es contradictorio que los Estados consientan en desarmarse puesto que se reservan el derecho de hacerse justicia.

Se impone ahora hacer historia de los intentos de las naciones por llegar a un desarme en el campo nuclear.

Finalizada la segunda Guerra Mundial, los hombres de Estado americanos idearon una fórmula de «desarme nuclear». La bomba atómica representaba una revolución técnica y convenía darle, en materia de desarme, una equivalencia también revolucionaria.

Se podría suponer que la promoción nuclear soviética al disminuir la desigualdad, favorecería la búsqueda del desarme. La realidad es que plan-

teó nuevos problemas; los occidentales no podían consentir que el arma nuclear fuera vetada, mientras se mantuviera la superioridad rusa en armamento clásico y en efectivos, exigiendo, sin esperanzas ni deseo de obtenerla, una reducción en tales armamentos convencionales y en esos efectivos; sabían que la Unión Soviética no aceptaría la libre circulación de los funcionarios internacionales encargados del control.

¿Podrían también ellos renunciar sabiendo que en caso de guerra no podrían pasar sin hacer uso de sus armas nucleares?

Con la entrada en el «Club Atómico» del Reino Unido, Francia y China, el problema se complicó extraordinariamente, pues estas potencias nunca aceptarían a renunciar a sus depósitos, salvo si llegan al pleno convencimiento de que los que posean los grandes serán destruidos. ¿Y puede alguien sensato pensar en esto?

En agosto de 1963 se firma en Moscú un tratado que prohíbe las experiencias en la atmósfera, en el espacio extra-atmosférico y debajo del agua. Era el primer tratado que intentaba frenar la carrera de armamentos, al mismo tiempo el primer acuerdo entre Este y Oeste que tocaba un aspecto capital de la guerra fría.

Francia y China no se adhirieron al nuevo tratado. La primera no podía renunciar a la política iniciada de «independencia nuclear»; la segunda, en el «Diario del Pueblo», denunció «la alianza soviético-americana» contra China.

En 1969 las negociaciones ruso-americanas se abrieron de nuevo en Helsinki. Con el nombre de «Conversaciones sobre limitación de armas estratégicas» (SALT), dieron sus primeros frutos en acuerdos oficiales que fueron firmados el 26 de mayo de 1972 durante una visita del Presidente Nixon a Moscú.

Tres fueron los documentos suscritos:

- Un acuerdo oficial limitando los sistemas de misiles antibalísticos.
- Otro provisional, por período de 5 años, sobre limitación de misiles estratégicos ofensivos.
- Un «protocolo» definiendo los efectos del segundo acuerdo citado, con respecto a los misiles de lanzamiento submarino.

Estas conversaciones SALT de 1972 no se quería fuesen término, sino principio de otras que llevaran a una eficaz limitación del armamento nuclear, por eso, del 72 al 74 se llevaron a cabo las llamadas conversaciones SALT II impulsadas por la visita de Bresnev a los Estados Unidos en el mes de junio de 1973.

Pese a estas intenciones, el asunto Watergate las paralizó. Una vez superado, los días 23 y 24 de noviembre de 1974 el nuevo Presidente Ford

y Bresnez se reunieron en Vladivostok terminando la reunión con un optimista comunicado conjunto que dejaba abierta la puerta a futuras negociaciones a partir del 1.º de enero de 1975.

Estas nuevas negociaciones comenzadas hace dos años seguían hasta hoy y, que se sepa, llevan un ritmo bastante lento y sin fructificar en resultados decisivos, por lo que puede afirmarse que la competición tecnológica sigue adelante.

Sean cuales fuesen los resultados de las conversaciones en curso y los avances tecnológicos, lo que parece claro es que tanto EE. UU. como la Unión Soviética, son totalmente incapaces de desarmar el uno al otro por medio de un primer ataque contra las fuerzas estratégicas; sin embargo, cada uno de ellos tiene en sus respectivos arsenales, una cantidad y variedad de vehículos de lanzamiento y armas, capaces de destruir cualquier combinación concebible de objetivos de segundo ataque dentro del territorio del otro.

El hecho es, que ninguno de estos dos países puede autoconsiderarse con una ventaja significativa como para ser libres de comprometerse en una guerra nuclear, sin ser arrasados.

Prueba de ello es que en diciembre de este año, el Comité político del «Pacto de Varsovia» pedía un acuerdo entre los dos bloques para impedir que «un primero desencadenara un conflicto nuclear»; la contestación del Consejo Atlántico (integrado por los Ministros) fue la siguiente: «Los países de la «NATO» en el caso de un ataque dirigido contra ellos no pueden renunciar a responder, según las necesidades, a ninguno de los medios que disponen»; entre estos medios está el arma nuclear.

A lo largo de esta charla he tratado de mostrar en visión panorámica, aunque sólo sea superficialmente, la aparición del arma atómica con las teorías subsiguientes sobre disuasión y estrategia, y evolución de pactos y tratados.

Deliberadamente no he tratado de la influencia de las armas nucleares en el campo táctico, por ser ésta evidente y haber sido todos testigos, en las dos últimas décadas, de las sucesivas transformaciones orgánicas sufridas en los Ejércitos de casi todos los países y, por descontado, en el nuestro.

Estamos atravesando un período de transición puesto que cuanto se haya dicho sobre fuerzas nucleares no ha cristalizado aún en una guerra real y su experiencia, afortunadamente, nadie la tiene; pero creo que esta nueva época impone a todos el deber de adaptarse a sus necesidades.

Cuando los EE. UU. lanzaron su bomba sobre Hiroshima y Nagasaki, en Europa había terminado la guerra con la rendición incondicional de

Alemania y el Japón estaba al borde de la capitulación. ¿Por qué Truman tomó tan tremenda decisión?

¿Estaba amenazada la integridad territorial americana o su independencia como nación? ¿Fue como represalia por el ataque a Pearl Harbour? ¿Por ahorrar vidas americanas? ¿Para impedir que los rusos ocupasen parte de un espacio geoestratégico que los americanos consideran vital para sus intereses? ¿Sería por probar un ingenio que tantos millones y esfuerzos había costado?

Churchill y Stalin consideraban que el lanzamiento era innecesario porque los japoneses estaban ya derrotados y dispuestos a rendirse a causa del eficiente bloqueo marítimo y el acertado bombardeo con armas convencionales.

Todos los interrogantes yo los dejo como punto de meditación, ahora bien, pensad lo que tardarían en emplear el arma atómica una o varias naciones que viesan amenazada su integridad territorial, su ser o no ser como nación independiente.

No quiero terminar esta charla sin dejar de hacer patente que, por muchos progresos que consiga la ciencia y por muy potentes y destructivas que resulten las modernas armas nucleares, nunca podrá triunfar la materia sobre el espíritu. Y la guerra, la nueva guerra, si llega, no puede ser rebajada a ser una guerra técnica; siempre intervendrá de manera primordial el elemento humano, y el hombre tiene un alma con unas cualidades morales que, sin olvidar la preparación técnica, hemos de tratar de cultivar para que no quede convertido en un simple «robot».

En mi opinión, el arma atómica está amenazando al mundo cual espada de Damocles.

REFLEXIONES FINALES

A la humanidad le aterroriza la guerra, pero pienso que hay algo mucho peor: La esclavitud física, moral o espiritual de los pueblos y para evitar esto, cualquier guerra es buena.

En el mundo en que vivimos predomina el hedonismo e impera la ley del más fuerte; en este mundo, campean por toda su geografía los mercados de la pornografía, el libelo, la subversión, la corrupción, la injusticia y un largo etc., atacando el templo de nuestra espiritualidad y sembrando el caos, la miseria, la destrucción y la ruina; por lo cual no debemos olvidar,

como ya dije en otra ocasión, que nuestro Señor Jesucristo para expulsar a los mercaderes del Templo de Dios, empleó la violencia: La serena, santa y justa violencia.

Burgos, 17 de diciembre de 1976.

Mateo PRADA CANILLAS

(Capitán General de la Sexta Región Militar)